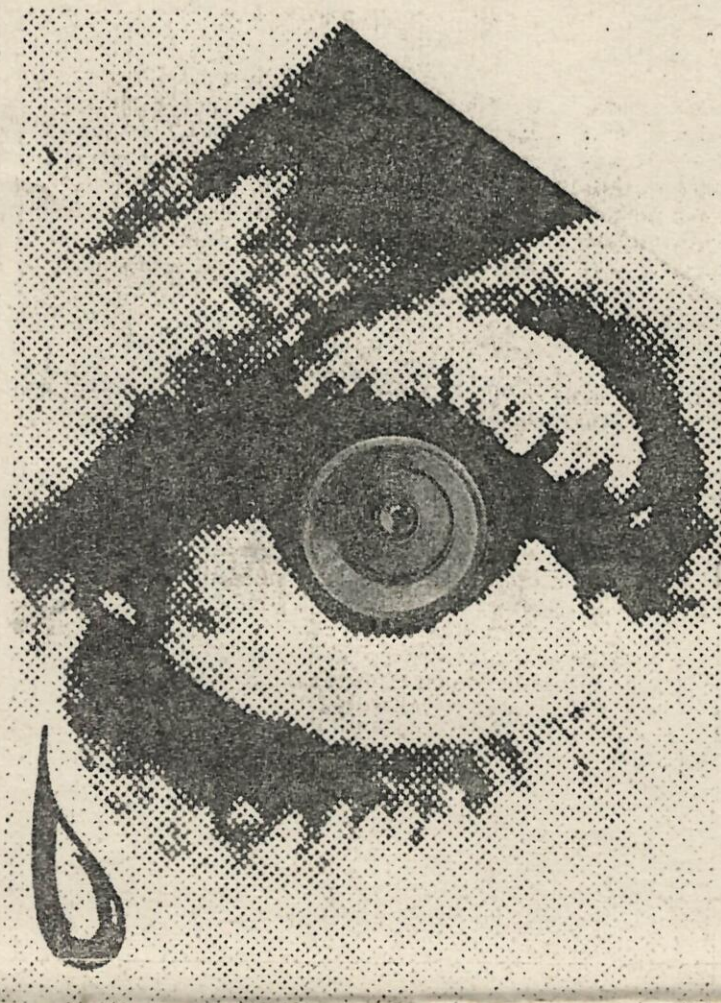


TERENCI MOIX

Mi Néstor Almendros



Hace pocos días lo sabíamos contadísimas personas: Néstor Almendros estaba agonizando en Nueva York. Corre la indiscreción igual que la calumnia: como un *venticello*; así, pues, conviene ignorarla, máxime cuando puede tener el trasfondo de una enfermedad que se presta a la malignidad de los puritanos y al escándalo de los desaprensivos.

Era inevitable que la noticia me llegase por voces dignas de crédito: las de Miriam Gómez y Guillermo Cabrera Infante, hermanos de Néstor, más que amigos. Nuestra conversación fue dramática. Empezamos a saber demasiado de muertes injustas, y la de hoy nos sacudía hasta aturdirnos. Me lo decía Guillermo: "Esta muerte se está llevando a los mejores". Curiosamente, había escrito yo algo parecido en la revista *Tiempo*. Suele ocurrir que los mejores también son los irremplazables. Néstor Almendros pertenecía a esa raza. Con él desaparece alguien que ha influido positivamente en muchas personas. Las referencias a mi propia experiencia son aquí inevitables. Hace exactamente 30 años, Néstor Almendros entró en mi vida, y a partir de entonces estuvo siempre presente en mi carrera. Es muy probable que nadie haya ejercido sobre mí una influencia tan decisiva en un momento tan determinante. Tenía yo 20 años. Una ilusión tan fugaz como cualquier otra, si bien se mira.

Tengo en las manos el original del libro de memorias *El peso de la paja*, que Néstor leyó en plena redacción. En los márgenes aparecen sus comentarios sobre geografías, películas, sucesos parecidos en dos tiempos muy distintos: su infancia y la mía, dentro y al margen del Ensanche, respectivamente. Están ahí esas acotaciones que la muerte convierte en reliquia inapreciable. ¡Ojalá no lo fueran! Significaría que Néstor estaría dispuesto a criticar mis próximas cuartillas. Siempre lo había hecho, y no sólo desde mi primer libro: ya desde mis primeros artículos, tan lejanos. Empezó dándome consejos sobre cine, donde su sabiduría era

inmensa. No tardó en pasar a la literatura. Su opinión literaria era clarividente, finísima, exenta de dogmatismo. Fue el primero que me habló de cierta novela de un joven argentino empleado en unas líneas aéreas. El joven se llamaba Manuel Puig; la novela era *La traición de Rita Hayworth*. Algunos integrantes del mundillo cultural —*of all things!*— se han atribuido después este descubrimiento. Es mentira de *marketing*. Nadie jugó con tanto ahínco la carta de Puig como Néstor y Juan Goytisolo, cada uno desde

sus dominios. Patrocinó también Néstor carreras cinematográficas, itinerarios críticos, vocaciones eclécticas. No descartaré su afición a convertirse en confidente sentimental. Demostraba un humor capaz de dramatizarlo todo con un comentario ligero, generalmente de origen *camp*. De cómo tal personaje de Joan Crawford reaccionaría ante un extravío del corazón; de cómo habría solucionado tal ruptura una vieja, olvidada diva del cine italiano. Estoy hablando de un tiempo en que nuestra ortodoxia ceñía

su repertorio de referencias a los férreos dogmatismos de ensayistas como Guido Aristarco o George Sadoul, a quienes Néstor solía tratar de *beatos*. Su desprecio por el cine pedante —lo *arty*— nunca le impidió realizar profundos acercamientos a los grandes autores. Precisamente el verano pasado compré en uno de los innumerables quioscos de Atenas una revista *yanqui* que publicaba su artículo sobre Eisenstein, escrito con un rigor ejemplar y, como siempre, con una amplísima libertad de criterio. Paradójicamente, un cineasta tan mimado por la crítica internacional sentía un sorprendente impudor cuando veía publicado alguno de sus textos. Precisaba urgentemente una opinión, buscaba el elogio del lector con mayor ahínco que el Oscar de Hollywood. Y me está contando Gimferrer con cuánta increíble tenacidad enviaba, en plena agonía, las correcciones de su último libro.

Tengo aquí fotos que Néstor me había hecho a lo largo de los años, en muchas ocasiones y en lugares distintos, pero muy especialmente las de una época tan lejana como 1965. Se trata de un grupo familiar en una casa donde ya no vivo, con unos padres que ya no tengo, y amigos que, por suerte, conservo: Pere Gimferrer, siempre fiel a Néstor; mi hermana Ana María Moix, y Vicente Molina Foix, a la sazón efebo. Todos éramos principiantes, con actividades que todavía oscilaban entre el cine y la literatura, a excepción de José Luis Guarner, otro de los fieles. La comunicación con Néstor fue instantánea; su entrega, absoluta; la nuestra, incondicional. Con los años, los antiguos amigos de Barcelona nos acostumbramos a sus dos visitas anuales, considerándolas una gran fiesta del afecto. Siempre se colaba algún aprendiz de erudito que esperaba alguna sesuda disertación sobre el cine japonés, a ser posible sin subtítulos. El pedantuelo quedaba literalmente petrificado cuando Néstor pedía ver *La verbena de La Paloma*, en cualquiera de sus versiones.

En aquel 1965 llevaba yo tres años siguiéndole por estos

mundos. Detestaría incurrir en el autobombo si digo que fui el primer barcelonés a quien conoció recién salido de Cuba. Sólo así se explica que llegase a mostrarme impudicamente las partes más humanas de su personalidad; en una situación desesperada. Estaba inaugurando un doble exilio: el primero, allá en los años cuarenta, llevó a su familia a la isla, huyendo de la gran noche del franquismo; el segundo, en 1962, le devolvía a la ciudad natal huyendo de la represión en Cuba (evidentemente, yo no creía entonces que represión y castrismo pudiesen ir juntos). El encuentro tuvo lugar en el estudio del fotógrafo cubano Germán Puig, otro de los grandes amigos de juventud. Néstor acababa de bajar del barco, en estado desastroso: sólo le habían permitido sacar su cámara y un par de mudas. No exagero: Germán tuvo que comprarle urgentemente un jersey en unos grandes almacenes.

Aquella noche le llevé a una fiesta singular, a la que también asistía Jaime Gil de Biedma, para quien Néstor tenía algunas cartas de presentación. Seamos sinceros: Jaime trató al *gusano* con extrema dureza. Años después, en su jardín del Ampurdán, me contaba que siempre se arrepintió de aquella reacción, pero Néstor nunca pudo olvidarla. Acaso porque era el mismo trato que recibió de cuantos intelectuales izquierdistas intentó frecuentar en Barcelona. No se ha contado suficientemente que si no se quedó entonces fue debido al desprecio de la progresía local. No digo que no fuese lógico: en aquella época todos nos sentíamos capitanes. Pero también es curioso destacar que algunos se han vuelto hoy anticomunistas furibundos.

Después de aquel *party* tan agresivo, Néstor Almendros lloró mucho, y lloró por partida doble. Eran las fiestas de la Merced, y la ciudad mostrábase particularmente engañosa: un encanto de ciudad, parecía. Caminamos durante horas por todos los rincones que servían a Néstor para recobrar su imagen de adolescente, a través de las pequeñas cosas, los cines cono-

Pasa a la página siguiente

CARTAS AL DIRECTOR

Los textos destinados a esta sección no deben exceder de 30 líneas mecanografiadas. Es imprescindible que estén firmados, y que en ellos quede constancia del domicilio, teléfono y número de DNI o pasaporte de sus autores. EL PAÍS se reserva el derecho de publicar tales colaboraciones, así como de resumirlas o extraerlas cuando lo considere oportuno. No se devolverán los originales no solicitados, ni se facilitará información postal o telefónica sobre ellos.

clásica. Una gran dama del piano y querida amiga me decía un día —cenando en un restaurante barcelonés mientras hilvanábamos una entrevista suya con el admirado Luis Permanyer— que era una falta de respeto a la música y a los clientes, a quienes se les obliga a escuchar música mientras comen, beben una

copa o están utilizando el lavabo.

Nos atormentan con música —generalmente muy mala e inadecuada— mientras aterrizamos o despegamos en un avión. ¿Para atenuar el miedo? ¡Ah!, pero, eso sí, no tenemos apenas música en las escuelas; ni siquiera hay un buen programa de televisión.

Creo que todas las músicas que nos *empachullan* a la fuerza no son para que nos aficionemos a ella o la amemos, son para atontarnos y aturdirnos con ruido y para que no podamos pensar, para tenernos *entretendidos*.

Estoy totalmente de acuerdo con la repulsa a la música en Renfe y el modo de tratarnos de su prepotente personal. La misma transfiere al personal aéreo, que cuando les adviertes que ya hace rato que hemos despegado y que nos liberen del martirio de la música arrastran los pies hasta llegar al botón de cancelación del programa. En Norteamérica, en

las maquinas de música de los bares, puedes poner un disco de silencio, pagas por escuchar unos minutos la voz de tu acompañante o de tu silencio y sólo eso. — Mari Carmen Palma. Barcelona.

Obispos y economía

Con fecha del viernes 21 de febrero ha aparecido en su diario la noticia del final de la Comisión Permanente del Episcopado Español.

El titular de dicha información me ha extrañado. Dice así: "La política económica del Gobierno es electoralista, según los obispos". Esto no es cierto ni se ajusta a la verdad. Los obispos reunidos en Comisión Permanente no han denunciado nada de la política económica del Gobierno. Únicamente han recibido un informe presentado por la Comisión Episcopal de Pastoral

Social, cuyo presidente es José María Guix Ferreres, con la finalidad de estudiarlo y analizarlo. Por tanto, no hay que confundir estudiar o analizar con denunciar o manifestar, que son los términos en los que se expresa su redactor a lo largo de toda la información.

De esta falsa premisa informativa, la redacción llega a hacer informaciones del todo incoherentes y tendenciosas, como que los obispos acusan, pero no ofrecen soluciones. Ni acusan ni ofrecen soluciones. Estudiaron un informe que se les presentó y del que les enviamos un resumen. Siento que no informaran correctamente, como corresponde a la profesionalidad de su diario, y que confundían lectura de informes con pronunciamientos oficiales. — Alex Rosal. Director de la Oficina de Información de la Conferencia Episcopal Española. Madrid.

Pasa a la página siguiente

No me 'entretengan'

He leído en su rotativo la carta de Carlos Castilla del Pino, y me congratulo de que haya dedicado unos minutos de su precioso tiempo a llamar la atención sobre problemas ciudadanos, que todos deberíamos ayudar a resolver, exponiéndolos y sugiriendo soluciones.

Un problema claro es el de la música indiscriminadamente ofrecida en los lugares menos adecuados. Castilla del Pino la delata en el tren; yo añadiría una larga lista de lugares de "tortura", por utilizar sus mismas palabras. En Barcelona —donde vivo—, el metro te atormenta desde tempranísimo por la mañana, mientras meditas, o lo intentas, esperando en el andén.

En muchos restaurantes entran a comer o cenar y te amargan con un sonido de fondo, martilleante si es música moderna o inidentificable si es música